

**Palabras del señor Rodolfo Beeck Ulloa, en representación de la familia
Homenaje al Embajador Alberto Ulloa Sotomayor,
en el 40º aniversario de su fallecimiento**

**Academia Diplomática Javier Pérez de Cuéllar
27 de febrero de 2015**

Señor Canciller, señor Vicecanciller, señora Directora, amigos todos.

Es para mi un privilegio estar con ustedes esta mañana, en esta ceremonia para recordar a mi abuelo. Antes que nada, gracias. Las instituciones son ante todo el producto del esfuerzo colectivo de sus miembros y pienso que se hacen fuertes y duraderas cuando recuerdan y honran sus orígenes. Me voy a permitir tomar unos minutos de su tiempo para compartir con ustedes una perspectiva familiar del gran personaje que fue mi abuelo.

Mi padre y él nos inculcaron a mis hermanos y a mi desde pequeños que lo verdaderamente importante no es la aristocracia de la sangre, sino la del espíritu. Jorge Basadre escribió hace cuarenta años en su ensayo en homenaje a la memoria de mi abuelo, “Si existe la aristocracia intelectual, no obstante que a menudo, es ella pospuesta o ignorada, Alberto Ulloa Sotomayor la tuvo en un grado máximo.” Nos inculcaron también en nuestra familia que al privilegio de pertenecer a ella está unido la responsabilidad por contribuir a que nuestra sociedad sea mejor. Es por eso que, combinado con el orgullo que sentimos mis hijos, hermanos, sobrinos y yo de ser sus descendientes, está un sentimiento profundo de humildad al contemplar la vastedad de sus logros y la importancia de sus contribuciones y un compromiso por seguir la tradición familiar de contribuir a la sociedad.

En mi niñez tuve la inmensa fortuna de pasar muchas horas a su lado y recibir la infinita ternura de su amor de abuelo. Recuerdo especialmente la clase de sintaxis que me dio un sábado después del almuerzo familiar, que contribuyó a nutrir mi amor por nuestro Castellano; la preparación que me dio en su estudio para defender en un debate escolar la tesis que las Naciones Unidas no servían como institución – particularmente irónico en vista que estuvo presente desde la génesis de la ONU y era ferviente creyente en la institucionalización de las relaciones internacionales– debate que por cierto gané. Recuerdo también sus frecuentes regaños en defensa del uso correcto del idioma, en especial el uso de interjecciones como “bestial”, que estaba de moda en esa época, protestando que “bestial es para bestias” y su invectiva contra el uso de “este...” para hilar pensamientos en una conversación, diciendo que “este es el puente de los burros.”

Hace tres años hice un alto en mis actividades empresariales para escribir un libro sobre personajes de mi familia, entre los que naturalmente figura prominentemente Alberto Ulloa Sotomayor. Ustedes en la Academia y en el servicio de las relaciones internacionales del Perú tendrán seguramente un conocimiento mucho más completo de sus contribuciones en ese campo del que podría describirles hoy, por lo que quiero limitarme a compartir el descubrimiento que hice de sus incursiones juveniles en

poesía romántica y en la defensa de los derechos de los desposeídos. Para mi deleite y asombro, descubrí en la Biblioteca del Congreso en Washington un libro de poesía que publicó con Abraham Valdelomar, Pablo Abril y otros donde encontré el fogoso verso:

*Me dará el sol los tonos de su paleta
Y para mi alma artista seré pintor
que copiará la gracia de tu silueta
sobre la porcelana de nuestro amor*

Me sigo preguntando quién habrá sido el objeto de su pasión, pues cuando escribí esas líneas todavía no había conocido a mi abuela. Leí también el prólogo de su tesis de grado en San Marcos, donde advertía, reflexionando sobre la postración de los trabajadores peruanos:

"Nadie podría reprocharle en justicia mas tarde a aquella masa trabajadora que perdiendo el sentido de su situación, de sus urgencias, de las relatividades de la sociedad, del capital y de la industria, se lanzara por caminos extraviados y tras de espejismos peligrosos".

Advertencia que, con la perspectiva de las elecciones el próximo año, es aun oportuna.

Quisiera terminar expresando la convicción que la promoción y creación de la Academia Diplomática fue su obra más significativa para el Perú, al permitir la profesionalización de nuestro servicio diplomático, lo que ha posibilitado continuidad y excelencia en el manejo de nuestras relaciones internacionales. Al contemplar la desarticulación e inefectividad de tantas de las importantes funciones que debe cumplir el gobierno de nuestro país, es tarea urgente seguir el ejemplo trazado por la Academia y profesionalizar también otras áreas del Estado.

Al cumplir ochenta años mi abuelo declinó los homenajes que quisieron ofrecerle sus amigos y colegas diciendo:

"Desde la puerta de mi tienda de trabajo, a la luz crepuscular de mi vida, sé que por el mismo camino seguirán avanzando ustedes, y otros vendrán después, en la hora esperanzada de nuevas auroras, bajo el sol de otros mediodías y en la luz de otros atardeceres."

Sigamos avanzando.

Muchas gracias.